

nes en Europa, después de haber restituido el Asia Menor á los emires desposeídos y en adelante vasallos suyos. Además, Suleiman, hijo de Bayaceto, que había podido salvarse después de la batalla de Angora, había solicitado humildemente la paz y el permiso de volver á Rumelia. Quedaba, sin embargo, á espaldas del tártaro, si se retiraba á su país, un antiguo y turbulento adversario en Bagdad, á quien era menester reducir á la impotencia. Era este adversario, como sabemos, Ahmed Ibn Oweis, que durante los sucesos del Asia Menor se había sostenido en Bagdad principalmente con el auxilio de su antiguo amigo Kara Yusuf, que al regreso de Timur del Oeste se había juntado otra vez con sus borregos negros. Después habían sobrevenido conflictos entre los dos jefes, y Ahmed tuvo que huir á Siria para no caer en poder del jefe turcomano. Este se había apoderado de Bagdad, donde gobernó como sultán mientras plugo á Timur, que fué por poco tiempo. Timur, habiendo sometido todo el Asia Menor y reinstalado á título de vasallos suyos á los emires expulsados, marchó á Armenia para hacer sentir el peso de su brazo á los que en los pasados tiempos difíciles se habían rebelado contra él. El ortokida se le presentó personalmente, sumiso y tembloroso, con ricos presentes, y fué recibido benévolutamente; pero los georgianos, que se habían mostrado otra vez rebeldes, fueron duramente castigados. Por último Kara Yusuf fué derrotado cerca de Hilla, en 806 (1403), por un ejército enviado á este fin al Sur, teniendo que huir á Siria, donde fué hecho prisionero con Ahmed, su anterior aliado, y encerrado en el castillo del Cairo por orden del sultán Faradsch, que temía la ira de Timur. Este, entonces, al cabo de cuatro años de guerras en Persia y en los países del Oeste, pudo regresar tranquilamente á su país. En el camino aniquiló á algunos rebeldes en los países junto al mar Caspio, y en el mes de Moharram de 807 (julio de 1404) entró á la cabeza de su ejército en su capital Samarcanda.

No era su intención pasar allí mucho tiempo, ni menos disfrutar de reposo, sino hacer los preparativos necesarios y lanzarse en seguida á una nueva empresa colosal. Desde Moscou hasta Delhi, desde el Irtsch hasta el Mediterráneo, no había país que no hubiese resonado bajo los cascos de sus caballos. Entonces dirigió Timur sus miradas al Este; el khanato de Kaschgar, que desde la campaña de 792 (1389) estaba sumiso á sus pies, confinaba con la China, y para arrojarse sobre este imperio no le faltó pretexto. En 1368 (769-770) habían tenido que dejar el trono los sucesores de Gengis-Khan, de la línea de Kubilai, que hasta entonces habían reinado sobre la China, para ceder su puesto á Ming, fundador de una nueva dinastía nacional china. Esto bastó á Timur, que hasta su muerte afectó ser el mayordomo de los descendientes del gran conquistador mogol, para hacer ver á sus emires el ineludible deber de reincorporar la China á su imperio. Reunió el kuriltai, que aceptó al instante la idea con el entusiasmo, probablemente, con que debió de aceptar el senado francés las proposiciones de Napoleón I. Entonces se pusieron manos á la obra, porque para Timur, septuagenario ya, no había que perder tiempo, y al quinto mes de haber entrado en Samarcanda el terrible conquistador emprendió la marcha á la cabeza de un ejército de doscientos mil hombres, reunido y completado en el corto espacio de cuatro meses.

En Otrar, en la orilla derecha del Yaxartes, cayó Timur enfermo, y tan violenta fué la fiebre que de él se apoderó que desde el primer instante se desesperó de salvarle, y, en efecto, el 17 de Scha'aban de 807 (18 de febrero de 1405), espiró el más poderoso y el más activo de todos los príncipes mahometanos conocidos. De él puede decirse: «Acabó,

y el mundo quedó como si tal hombre no hubiese existido;» porque nada quedó de cuanto puede dar valor al reinado de un soberano.

No conviene, reflexionando sobre los sucesos históricos, considerarlos ni desde la altura exagerada del idealismo abstracto, ni desde el fondo de sencilla vida vulgar con su moral casera. Ya en otra ocasión hicimos ver lo inútil de las lamentaciones que nos arrancan las miserias de la guerra, cuando la humanidad, tal como es, necesita conmociones fuertes para no aletargarse y para seguir cumpliendo su destino; y por esto no vemos en hombres como César, Omar y Napoleón I, sino instrumentos del destino cuya misión es despedazar un mundo gastado para hacer sitio á organizaciones nuevas y de vitalidad lozana. Es muy notable la analogía que existe entre Napoleón I y Timur. Comunes á ambos son el genio militar, tanto organizador como estratégico y táctico; la tenacidad en la persecución de las ideas, la acción rapidísima cuando llega el momento de su realización; el equilibrio tranquilo interior en las empresas más peligrosas y más difíciles; el cuidado de confiar su ejecución con la menor posible latitud á jefes inferiores; la energía incansable con que tomaron personalmente todas las disposiciones algo importantes; la sagacidad para descubrir desde el primer instante los flacos del enemigo, sin caer en el extremo de tener en poco ni menos de despreciar sus recursos; la misma frialdad en los cálculos del material humano que debe gastarse para realizar las grandes empresas; la misma ambición ilimitada y la misma magnitud de los proyectos de conquista con la explotación simultánea de los móviles más mezquinos de la actividad humana; la hipocresía verdaderamente magistral, y finalmente la misma amalgama de valor personal á toda prueba y de astucia artera.

Entre las diferencias que distinguen al conquistador tártaro del corso, conviene señalar el mérito de Napoleón de haber ganado casi todas sus batallas con su talento y pericia militares, mientras Timur debió sus mayores victorias, como las que alcanzó sobre Toctamysch, sobre el mosafarida Mansur, sobre el imperio de Delhi y sobre Bayaceto, á las discordias hábilmente sembradas en las filas enemigas ó al soborno de traidores miserables. Mas si estas diferencias no bastan para ocultar las analogías sorprendentes, sería injusto colocar á Napoleón al nivel de Timur, porque el primero más que soldado y más que conquistador y gran capitán, fué legislador y administrador; el código que lleva su nombre y la organización administrativa que ha dejado á la Francia constituyen todavía hoy, al cabo de ochenta años, la trabazón que conserva unida la nación francesa, tan inteligente como turbulenta y tan indispensable á la civilización moderna; y por grandes que hayan sido las calamidades que ha causado desde la Rusia hasta la España al limpiar con escoba de hierro la era de Europa, en ninguna parte ha barrido con la paja y el polvo todo el grano bueno. Las obras de Timur en cambio solo consistieron en destrucción; en ninguna parte ocurrió al tártaro fundar nada duradero. Fué sin duda, prescindiendo de su crueldad feroz y fría, el genio más grande entre todos los soberanos mahometanos; su vida es una epopeya que escrita extensamente por un historiador de talento que sabe dar forma á sus personajes, ha de producir un efecto seductor é irresistible. Todos los demás soberanos mahometanos grandes, califas y sultanes, porque Gengis-Khan era pagano, deben gran parte de sus triunfos á otros, por grande que haya sido su parte personal. Moawiya tuvo á Siyad, Abdelmelik y Walid tuvieron á Haddschadsch, Mansur á los barmecidas y Alp Arslan á Nizam-el-Mulk, mientras el único instrumento de Timur fué su ejército aguerrido, obra suya y que solo él manejó, porque

en todas sus campañas de verdadera importancia nadie sino él lo dirigió y acaudilló. Ha habido otro gran capitán que en fuerza interior le igualó, y fué Omar, el cual si bien dirigió sus ejércitos desde lejos dando solo disposiciones generales, imponía y dominaba personalmente á todos sus generales, y además demostró toda su grandeza en otro terreno distinto del de la guerra: creó con hordas beduinas, que casi no conocían organización ninguna, y con provincias extranjeras desorganizadas, un Estado sobre cuyos cimientos se desarrolló durante ocho siglos de una manera progresiva y hasta cierto punto uniforme el mundo mahometano. Desde larga fecha fueron preparando los turcos la destrucción de estos cimientos; los mogoles y tártaros favorecieron la marcha preparatoria, si exceptuamos al excelente Gazan-Khan, cuya tentativa creadora no llegó á su realización completa, y Timur tuvo la triste gloria de haber dado remate á la destruc-

ción de la obra de Omar transformando el Asia occidental en un caos que ya no contenía los elementos necesarios para dar lugar á la creación de una nueva unificación del mundo mahometano. El paso de Timur por la escena política del mundo fué tan efímero que cuando hubo desaparecido continuaron funcionando los mismos elementos políticos de antes, como después de cualquiera otra suspensión forzosa; pero ninguno de ellos, después de la destrucción general en que perecieron los restos de la civilización que se habían salvado de los predecesores de Timur, pudo desarrollarse con la fuerza necesaria para conducir á un renacimiento del genio y del mundo mahometanos. Resulta, pues, que de los dos caudillos mahometanos más potentes, el uno, Omar, figura como creador, al principio del imperio político mahometano, y Timur, llamado Tamerlan, como destructor al fin del mismo imperio.

LIBRO CUARTO

FIN DE LA EDAD MEDIA ORIENTAL Y PRINCIPIO DE LA EDAD MODERNA

CAPITULO PRIMERO

LA HERENCIA DE TIMUR Y EL IMPERIO TURCO

Hasta aquí, en esta historia del islamismo, hemos tratado de presentar un cuadro del origen del Islam, que siendo religión, fué, al propio tiempo, potencia temporal, y siendo una Iglesia fué también un imperio geográfico y político. Después hemos presentado el cuadro de su desarrollo interior y exterior; su llegada al apogeo intelectual y á una civilización especial y duradera de los pueblos del Asia occidental, civilización que al través de rápidas mudanzas políticas se mantuvo durante largo tiempo á una altura respetable hasta la llegada de la catástrofe, preparada durante siglos de lucha entre árabes, persas y turcos é impelida con fuerza creciente por los pueblos orientales, catástrofe que se consuma con la invasión mogola y la ruina completa de los diferentes Estados mahometanos por Timur. La historia del islamismo considerado como conjunto con su movimiento interior y exterior acaba en su parte principal con Timur. Desde este momento se va ensanchando el abismo entre los diferentes países, especialmente entre la Persia y las provincias turco-árabes occidentales, á medida que se aflojan los lazos políticos y religiosos que hasta entonces los unían. El Asia anterior necesitó todavía un siglo para poner orden en la herencia del gran conquistador, ó mejor dicho, para demostrar la imposibilidad de ordenar el campo inmenso de ruinas que aquel dejó. La confusión aumenta en lugar de disminuir con tanto esfuerzo impotente; pero al fin se consigue crear cuatro centros, al rededor de los cuales se acogen y cobijan los restos de los pueblos mahometanos. Forman estos centros los turcos osmanlíes en Europa y el Asia Menor, los persas, los pueblos turco-tártaros del Este y, por un singular capricho del destino, los mahometanos de la India. El Irak árabe, algún día el centro de todo el grandioso edificio político, queda condenado á la soledad y á la nulidad política; la Siria, el Egipto y la Arabia son absorbi-

dos por el imperio turco, el Kipchak por el ruso; y las embestidas, á menudo formidables, de los turcos en Europa, no vienen á ser en último resultado, en vista de lo enérgico de la defensa, mas que una retirada de los restos sueltos del islamismo ante el nuevo enemigo exterior, el Occidente cristiano. Viene á ser, en efecto, la última escena de un epílogo, un tanto largo, puesto que hoy todavía dura, pero que acabaría en el mismo instante en que se unieran los Estados europeos para repartirse entre sí, á fin de colonizarlos y organizarlos al estilo europeo, los países mahometanos, empresa que entonces pocas dificultades ofrecería. Pero es excusado decirlo: esto desgraciadamente no es fácil que suceda, de suerte que continuará todavía por cierto tiempo la rigidez cadavérica del Oriente mahometano, interrumpida de cuando en cuando por alguna convulsión, hasta que una causa cualquiera mueva la chinita búlgara, afgana ú otra, que, rodando, hará rodar otras hasta formar la avalancha irresistible que acabará de una vez con aquellos restos. No es nuestro propósito en esta obra exponer la historia ni del desenvolvimiento de cada uno de los Estados indicados ni de la marcha sucesivamente más y más acelerada de las conquistas de las potencias cristianas ya en las riberas del Mediterráneo, ya en la Rusia meridional y en el Turquestan, ya en la India. Esta historia está todavía en gran parte por escribir, y casi todo lo que de ella se ha investigado suficientemente se halla expuesto en obras que forman parte de esta misma HISTORIA UNIVERSAL. La presente historia del Islam solo puede tratar del epílogo como tal, es decir, como epílogo; pero en la exposición general de los últimos siglos de los diferentes Estados mahometanos tendré que hacer hincapié en los sucesos que atañen á éste ó á aquel particularmente, siempre que lo exija su encadenamiento con lo expuesto anteriormente ó cuando se trate de alguna reanimación, si bien siempre pasajera, de una parte del mundo mahometano que merezca llamar la atención del lector, si quiera por un momento.

La desmembración del imperio de Timur, al cual este

soberano mientras vivió solo pudo conservar reunido á fuerza de energía inaudita y aun así con dificultad, era un suceso ineludible siempre, si él no hallaba un heredero á su altura y que reuniera en el mismo grado las mismas cualidades. Por otra parte Timur jamás había mostrado la ambición de organizar en un imperio unido y consistente los inmensos países que había conquistado. Sucedió, pues, lo que no podía menos de suceder bajo la inexorable ley del destino, á saber: que á la muerte del conquistador estallaron al instante disensiones entre sus muchos hijos y nietos, que originaron la desmembración inmediata del imperio, falto de toda trabazón interior.

Parece que Timur tuvo algun pensamiento de adoptar una ley de sucesión en línea directa cuando en su lecho de muerte nombró sucesor suyo á Pir Mohammed, hijo de su hijo mayor Schehan Gir, que había muerto algun tiempo antes, prescindiendo de dos otros hijos suyos que vivían entonces, Miran-Schah, que estaba inutilizado, y Schah Rokh (1). Miran-Schah era á la muerte de Timur gobernador de Tebris y Schah Rokh señor del Corasan. A ambos estaba, pues, encargada por el mismo Timur la administración de dilatadas regiones del imperio; de suerte que Pir Mohammed no podía pensar en gobernarlo como su abuelo á manera de autócrata, aunque todos los emires de la Transoxania se hubiesen puesto con sus fuerzas armadas á su disposición, lo cual no solamente no hicieron sino que sucedió lo contrario. Una gran parte del ejército proclamó soberano á Khalil Sultan, hijo de Omar Scheich, que había muerto también antes que Timur. Después de muchos combates entre Khalil Sultan, Pir Mohammed y otros miembros de la familia, quedó el primero dueño de la Transoxania á fines del año 808 (1406), teniendo que contentarse el segundo con el dominio del Afganistan. En el mismo tiempo estallaron también entre los descendientes de Timur establecidos en la Media, una multitud de conflictos que hicieron temer una desmembración completa de aquellos dominios.

Murió, al poco tiempo de haber hecho la paz, Pir Mohammed á manos de su propio visir en Candahar y entonces apresuróse Schah Rokh á apoderarse del Afganistan desde su residencia de Herat, lo cual no ofreció dificultad; por manera que en 810 (1407) obedecía á Schah Rokh todo el país que se extiende entre el Oxo, frontera de la India y la Persia occidental.

La fortuna continuó protegiendo al hijo de Timur, porque Khalil, el nieto del terrible conquistador, era, por increíble que parezca, un amante sentimental que, contra lo que exigían las circunstancias, vivía solo para su amada Schadi-i-Mulk (2) y para cantar á esta mujer hermosísima pero de bajo origen. No pudiendo regalar á su adorada ni el sol, ni la luna, ni las innumerables estrellas, contentóse con derrochar las rentas todas de su dominio para satisfacer sus caprichos, cosa que no fué del gusto de los emires, que acabaron por sublevarse, y Khalil fué hecho prisionero por uno de ellos en 812 (1409). Pudo, sin embargo, evadirse y refugiarse entre los schetás, donde se ocupó en componer poesías elegíacas dedicadas á su amante, á la cual había tenido que dejar. Mas adelante sometióse voluntariamente á Schah Rokh, que le recibió con benevolencia, le restituyó su amante y proveyó á los gastos de la pareja. Esta fué modelo de amor poético, porque á la muerte de Khalil, ocurrida en 814 (1411), Schadi-i-Mulk se clavó un puñal en el pecho junto al cadáver de su amante.

(1) Timur dió á éste el nombre citado de *roque*, que se usa en el juego de ajedrez cuando la torre pone en jaque al rey, por hallarse ocupado en este juego cuando le anunciaron el nacimiento de este hijo.

(2) Este nombre significa «alegría del imperio.»

Entretanto Schah Rokh había aprovechado la confusión para apoderarse de la Transoxania, lo cual ejecutó sin gran esfuerzo, porque los emires descontentos comprendieron en su mayoría la necesidad de una pronta unión; así á fines de 811 (principios de 1409) verificó su entrada solemne en Samarcanda. Mas adelante volvió á residir en Herat, la cual floreció de nuevo por sus cuidados; pero este cambio de residencia no dañó á su autoridad, fuera de algunos casos de rebelión aislados al otro lado del Oxo, de suerte que durante todo el largo período de su reinado (807-850 ó sea desde 1405 hasta 1446) disfrutó por lo menos el Oriente el beneficio de la paz después de las tempestades de los últimos decenios.

Indudablemente fué Schah Rokh un soberano tan eminente en el arte de gobernar en bien de sus súbditos como déspota feroz había sido su padre. En todas partes mostróse el primero solícito de curar las heridas que la guerra había infligido al país y que particularmente en el Corasan estaban abiertas todavía. No se gastaron ya exclusivamente para Kesch y Samarcanda los tesoros que la generación anterior había reunido de todo el ámbito de la tierra sino que aprovecharon también á las ciudades de la Persia oriental gracias á las grandes obras que el schah mandó construir. Entre éstas, la magnífica mezquita mausoleo del iman Risa en Meshched fué la que mas particularmente le valió el afecto de sus súbditos persas, porque aunque Schah Rokh no alardeaba de siita, como su padre, dispensó á ambas ramas del Islam, á la de los persas en el Corasan y á la de los turcos en la Transoxania, igual tolerancia. Había patentizado Schah Rokh ventajosamente en las campañas de Timur en diferentes ocasiones importantes sus cualidades guerreras; mas era la prudencia el rasgo principal de su carácter: la ambición de hacer conquistas solo por conquistar no estaba en su índole, la cual con preferencia le hacia amar y proteger las artes de la paz y el trabajo. Por primera vez después de un largo período encontraron asilo, protección y recompensa los poetas y sabios eminentes en la corte de Schah Rokh, y el hijo de éste Ulug Beg, durante mucho tiempo su lugarteniente en la Transoxania y los países anexos, procedió enteramente de acuerdo con las inclinaciones de su padre cuando fundó en Samarcanda un gran observatorio astronómico é hizo redactar por los astrónomos mas notables de su tiempo una colección de tablas astronómicas que todavía hoy gozan de merecida celebridad.

El amor de Schah Rokh á la paz no fué, sin embargo, tan extremado que se mostrase débil ante sus enemigos exteriores é interiores. Después de haber sofocado con energía todas las resistencias que se presentaron en los primeros años de su reinado en algunos puntos de las provincias orientales, emprendió la misión de poner orden en Fars, en la Media y en el Aderbidyan. Disputábanse desde la muerte de Timur las dos primeras provincias varios príncipes ó mirzas, hijos de Omar Scheich, mientras en la última era juguete de sus dos hijos Miran-Schah, al cual su padre había confiado la administración de los países al Oeste del mar Caspio; y finalmente estalló también la guerra entre estos hijos y los señores de la Persia.

Todas estas discordias no habrían tenido importancia si no hubiesen consumido las fuerzas de los descendientes de Timur en aquellas regiones y facilitado así á los incansables enemigos de su autoridad en los países del Cáucaso y en el Irak arábigo, el jefe de los borregos negros Kara Yusuf y el schelairida Ahmed Ibn Oweis, la ocasión de levantarse otra vez en armas en aquellas comarcas tan disputadas. Mientras Kara Yusuf conseguía notables ventajas en Diyar Bekr y en Armenia, apoderóse Ahmed á fines de 808 (1406)

de Bagdad y desde allí en 809 (1406) hasta de Tebris, capital del Aderbidyan. Sin embargo, á los pocos meses tuvo que evacuar esta última ciudad y retirarse otra vez á Bagdad para no habérselas con Abu-Bekr Mirza (1), hijo de Miran Schah, que regresó á toda prisa. Abu Bekr fué atacado luego por Kara-Yusuf, que llegó á su vez de la Armenia para apoderarse del Aderbidyan. Las dos huestes se encontraron frente á frente á orillas del Aras, donde se libraron batalla, en la cual murió Miran Schah, y su hijo Abu Bekr tuvo que evacuar el país y abandonarlo á los borregos negros, los cuales ocuparon todo el Aderbidyan y el Arran con gran disgusto de Ahmed, que habiendo tenido que retirarse ante el hijo de Miran Schah había preferido que estos territorios quedaran en su poder. El lazo con que la proscricción común había unido á los dos jefes Kara-Yusuf y Ahmed se aflojó rápidamente, y la amistad se trocó en enemistad cuando el primero tuvo que pelear en el año 813 (1410) contra los borregos blancos, acaudillados por Kara-Yelek, por la posesión de Ersingan. Ahmed aprovechó entonces la ocasión para invadir el Aderbidyan y marchar sobre Tebris; solo que antes de llegar á esta ciudad se le presentó delante su contrario, que había acudido á toda prisa con su ejército. Ahmed fué derrotado, á pesar de todos los esfuerzos y de su valor personal admirable, y en su fuga cayó por traición prisionero de Kara-Yusuf, que le hizo decapitar con sus hijos. Muerto Ahmed cayeron también Bagdad y su territorio en poder de los borregos negros, después de un sitio algo largo. Durante algun tiempo sostuvieron en el Irak meridional y en una parte del Chusistan los últimos vástagos de los il-khanes, algunos sobrinos de segundo grado y un nieto de Ahmed, hasta que en el año 835 (1431) un hijo de Kara Yusuf exterminó á estos últimos representantes de una dinastía que desde su principio había experimentado como pocas las veleidades de la fortuna y se había sostenido no obstante, bien ó mal, casi durante un siglo. Antes de llegar este caso, el poder de los borregos negros se había ido aumentando desde la muerte de Ahmed hasta quedar en situación dominante en la Armenia, el Aderbidyan y los territorios vecinos hasta mas allá de Bagdad. En el año 811 (1408-1409) Kara Yusuf había conseguido del ortokida Ahmed de Maredin la cesión de esta ciudad, cuya posesión le convenía por razones estratégicas, en cambio de la ciudad de Mosul; pero poco tiempo después del trueque murió Ahmed, y en el año 814 (1411-1412) le siguieron al sepulcro algunos hijos suyos que hasta entonces se habían sostenido en la ciudad de Sündschar en Mesopotamia. Así quedó también extinguida esta dinastía, una de las mas impotentes de todo el Oriente, pero que precisamente por esta circunstancia y por la flexibilidad de carácter, hereditaria en ella, se sostuvo mas que todas las otras, salvos algunos eyubitas oscuros, y reinó mas de tres siglos en Maredin sin que ni las avalanchas mogolas ni las de las cruzadas la barriesen de su trono. Con la incorporación del pequeño territorio de esta familia al suyo se hizo Kara Yusuf vecino de los borregos blancos tanto en la Mesopotamia como en la frontera armenia del lado del Asia Menor, con lo cual se recrudecieron y aumentaron los conflictos entre las dos ramas, que á pesar de ser hermanas aparecían desde el primer momento de su entrada en la historia antagonistas irreconciliables. Al

(1) Mirza ó Mirsa es un título persa, abreviado de *emir-sade*, hijo del emir, es decir, de Timur, que se hacia llamar simplemente emir. Poco á poco aplicóse el título de Mirza también á los nietos del gran Timur y finalmente á todo príncipe real. Este título se pospone al nombre cuando significa príncipe real, y cuando se antepone no significa mas que *señor* ó don, como por ejemplo, Mirza Schaff, señor de Schaff; mientras Mohammed Mirza quiere decir: el príncipe Mohammed.

presentarse Timur, los borregos blancos se pusieron á su lado y después continuaron siendo partidarios de sus sucesores, mientras los borregos negros se declararon por los turcos osmanlíes y los mamelucos. Así fué que los primeros prevalecieron desde la batalla de Angora, hasta que la muerte de Timur y las discordias entre sus descendientes en Persia ofrecieron á Kara Yusuf la ocasión, que tan bien aprovechó, de restablecer su poderío. En medio de las guerras que hizo, nunca faltaron luchas con los borregos blancos acaudillados por Kara Yelek, en las cuales llegaron á verse también complicados los emires mamelucos de la Siria, quedando por lo pronto la ventaja por los borregos negros.

La posición de Kara Yusuf se aseguró en todos conceptos mientras las discordias de los descendientes de Timur nada le hicieron temer por el lado de Oriente. Schah Rokh, que no podía dejar de vengar la expulsión de sus parientes inmediatos del Aderbidyan y la muerte de su hermano Miran Schah, tenía, pues, otro motivo para establecer ante todo su dominio directo sobre Fars y la Media. Sus sobrinos, que allí se destrozaban entre sí, no habían escaseado las promesas de sumisión y fidelidad á su poderoso tío, jefe reconocido de todo el imperio, pero á estas seguridades no habían correspondido los hechos, y en el año 816 (1413) Iskender Mirza, que había conseguido vencer y expulsar á sus competidores de las dos provincias, tuvo el atrevimiento de declararse soberano independiente. Esto acabó con la paciencia de Schah Rokh, el cual marchó contra el rebelde, le derrotó á las puertas de Ispahan y tomó esta ciudad después de un cerco de algunos meses en el año 817 (1414). Iskender Mirza huyó, pero fué alcanzado y hecho prisionero, y sin otro trabajo tomó Kara Yusuf posesión de los territorios que aquel hasta entonces había tenido bajo su mando, lo cual le hizo vecino inmediato, no ya de un pequeño soberano que luchara por su existencia, sino del mismo Gran Señor, soberano de todo el imperio. Schah Rokh, conociendo por la experiencia de otros años las dificultades que ofrecía una campaña contra los salvajes y valientes turcomanos en las montañas de Armenia, hizo sus preparativos contra el Aderbidyan con toda la prevision necesaria para salir airoso de su empresa y vencer de una vez con fuerzas superiores toda resistencia. Kara Yusuf por su parte aprovechó el tiempo que le quedaba antes de verse atacado por Schah Rokh, para destrozar completamente las fuerzas de Kara Yelek cerca de Kalat er-Rum, en la cuenca media del Eufrates, en el año 821 (1418). Después de la victoria persiguió á los fugitivos dentro de la Siria septentrional hasta cerca de la ciudad de Alepo, cuyo emir le obligó á retirarse de su territorio con sus hordas temibles. Este conflicto no tuvo mas consecuencias que agriar un tanto las relaciones, hasta entonces si no amistosas, tolerables, con los mamelucos. Kara Yusuf se preparó para el ataque inminente de Schah Rokh, contra el cual marchó en otoño del año 823 (1420); pero antes de que las dos huestes hubiesen llegado á divisarse murió Kara Yusuf de repente y su gente se dispersó. Su hijo Iskender se trasladó sin perder tiempo de Bagdad al Norte; pero antes de haber reunido un ejército suficiente, las fuerzas tártaras penetraron hasta el corazón de la Armenia. En el valle de Pacravant, al Norte del curso superior del Eufrates, les hizo frente Iskender, que en arrojo y valor temerario no cedía á ningún hombre de su tribu. Penetró hasta el campamento del enemigo, pero al fin tuvo que emprender la retirada ante las fuerzas superiores enemigas. Las pérdidas de Schah Rokh debieron también de ser considerables en toda esta campaña, porque no ocupó el Aderbidyan, que aparece mas adelante otra vez en poder de